

El corazón de los papas era entonces como el foco de donde este ardor se comunicaba á todas las naciones cristianas; sus ojos estaban fijos constantemente en los peligros que amenazaban á Europa, é Inocencio, al par que se empeñaba cada año en impeler algún ejército cristiano contra los Sarracenos vencedores en Oriente, propagaba en el Norte la fe entre los pueblos eslavos y sármatas, predicaba en Occidente á los reyes de España la concordia, alentándolos á hacer un denodado esfuerzo contra los Moros, y presidiendo de este modo á sus maravillosas victorias. Con solo la fuerza de la persuasión y la autoridad de su gran carácter, condujo á la unidad católica los reinos mas distantes, como la Armenia y la Bulgaria, que despues de haber triunfado de las armas latinas, no vacilaron en inclinarse ante la palabra de Inocencio.

» Á un celo ardiente é inagotable por la verdad, sabía unir la mayor tolerancia respecto de las personas. Protegia á los Judios contra las exacciones de los príncipes y los ciegos ímpetus de sus conciudadanos, mirándolos como testimonios vivos de la verdad cristiana (1), é imitando en esto á todos sus predecesores, hasta tenía correspondencia con los príncipes musulmanes para tratar de la paz y ocuparse en la salvacion eterna de los mismos (2). Al paso que luchaba con rara perspicacia y una constancia incansable con las innumerables herejías que germinaban desde entonces amenazando socavar los cimientos de todo el orden social y moral del universo, no cesaba de predicar á los Católicos vencedores é irritados, y aun á los obispos, la moderacion y la clemencia (3). Aspiró largo tiempo á reunir la Iglesia de Oriente con la de Occidente por los medios de la conciliacion y la dulzura, y cuando el éxito inesperado de la cuarta Cruzada, destruyendo el imperio de Bizancio, sometió por fuerza á su autoridad á aquella descarriada mitad del mundo cristiano, y dobló así su poder, Inocencio recomendó la suavidad para con la Iglesia vencida. Léjos de expresar ningún sentimiento de alegría ni de orgullo al saber semejante conquista, rehusó tomar parte en la gloria y el triunfo de los vencedores, no dando oído á las excusas y pretextos religiosos con que estos trataron de cohonestar el haber violado en su empresa las leyes de la justicia y olvidado el sepulcro de Cristo; para él la religion y la justicia eran todo, y había identificado su existencia con la de tan caros objetos. Su alma profesaba á la justicia un amor que ninguna aceptación de personas, ningún obstáculo, ningún contratiempo podía disminuir ni detener, no contando para nada los triunfos y las derrotas, siempre que en una causa se hallaba interesado el derecho: era dulce y misericordioso respecto de los vencidos, inflexible con los poderosos y altaneros, por todas partes y constantemente protector del oprimido, de la flaqueza, de la equidad, contra la fuerza tiránica y prepotente. Así le hemos visto defender con una especie de noble obstinacion la santidad del lazo conyugal como clave de la bóveda social y de la vida cristiana. Ninguna esposa ultrajada invocó en vano su eficaz intervencion; el mundo maravillado le contempló, luchando durante quince años con su amigo y aliado Felipe Augusto, en defensa de la infortunada Ingelburga, que había ido del fondo de la Diiamarca á ser objeto del desprecio de aquel príncipe, y que estaba sola, presa, abandonada de todos en una tierra extraña, excepto del pontífice, el cual logró al fin restablecerla en el trono de su esposo, en medio de los aplausos del

(1) Ep. II, apud HURTER, I, 313.

(2) Véase su carta al sultan Malek-el-Adel.

(3) Ep. XII, 67, 69.

pueblo, que se mostraba contento al ver que existía ya en la tierra una justicia igualmente severa para todos (1).

» Guiado del mismo espíritu, velaba con paternal celo, y hasta en los países mas remotos, por la suerte de los huérfanos regios y de las heredades legítimas de las coronas; supo mantener los derechos de los príncipes de Noruega, Polonia, Armenia, de los infantes de Portugal, del joven rey Ladislao de Hungría, y hasta de los que eran hijos de los enemigos de la Iglesia, como Jaime de Aragon, cuyo padre había sido muerto combatiendo á favor de los herejes; reducido él mismo á prision por el ejército católico, fué puesto en libertad de órden de Inocencio. También Federico II, único heredero de la raza imperial de Hohenstaufen, el émulo mas terrible de la Santa Sede, habiendo quedado huérfano y cometida su tutela á Inocencio, fué instruido, defendido por él, y mantenido en su patrimonio con un afecto y una fidelidad, no de tutor sino de padre. Nos parece admirable sobre todo, cuando ofreció un asilo, al pié de su trono, al anciano Raimundo de Tolosa, antiguo y obstinado enemigo del Catolicismo, y á su hijo todavía joven, cuando defendió la causa de estos contra los preladados y los Cruzados vencedores, y cuando despues de prodigar los mas tiernos consejos al príncipe y de esforzarse inútilmente en calmar á los vencedores, le señaló, no obstante las murmuraciones, el Franco Condado y la Provenza, á fin de que el inocente hijo del culpado no quedase sin patrimonio.

» No debe, pues, admirarse que en un tiempo en que la fe era considerada como base de todos los tronos, y en que la justicia, personificada en Inocencio, ocupaba la cátedra de San Pedro, los reyes tratasen de unirse á él con los lazos mas fuertes. Pedro de Aragon no creyó poder asegurar mejor la reciente independencia de su corona, que cruzando los mares para deponerla á los piés de Inocencio, y recibirla como vasallo de su mano; Juan de Inglaterra, perseguido por la justa indignacion de su pueblo, se proclamó tambien vasallo de la Iglesia que había atacado tan cruelmente, á fin de encontrar en su seno un refugio y un perden que los hombres le negaban; ademas, los reyes de Navarra, de Escocia, de Portugal, de Hungría, de Dinamarca, se honraban de pertenecer de alguna manera á la Santa Sede por un vínculo de proteccion enteramente especial. Todos sabian que Inocencio respetaba los derechos de los reyes hacia la Iglesia, tanto como los de esta hacia aquellos. Lo mismo que sus ilustres predecesores, una politica elevada y previsora se mezclaba al culto tributado por él á la equidad; como ellos, oponiéndose á que el imperio se hiciese hereditario en la casa de Suabia, y sosteniendo la libertad de las elecciones en Alemania, salvó aquel noble país de una monarquia central, que hubiera alterado su naturaleza y sofocado todos los gérmenes de la prodigiosa fecundidad intelectual, que constituían su justo orgullo; como ellos, restableciendo y defendiendo con irremovible constancia la autoridad temporal de la Santa Sede, aseguró la independencia de la Italia no ménos que la de la Iglesia. Empleando á la par el ejemplo y los preceptos, formó una generacion completa de preladados igualmente celosos de esta independencia y dignos de ser sus auxiliares, tales fueron Estéban Langton en Inglaterra, En-

(1) También defendió con feliz éxito á la reina María de Aragon, que había llegado á ser un peso para su disuelto marido, y á la reina Adeláida de Bohemia, á quien su esposo quería repudiar para contraer un matrimonio mas ventajoso, y que había sido condenada ya por un concilio.

rique de Gnessen en Polonia, Rodrigo de Toledo en España, Folcheto de Tolosa en medio de los herejes, ó tambien de morir mártires de aquella santa causa, como San Pedro Parentico y Pedro de Castelnau (1).

» Su gloriosa carrera terminó con el concilio de Letran (1215), que convocó y presidió, donde se consolidaron todos los vínculos de la Iglesia, donde los juicios de Dios (2), que habían degenerado en abusos de la fuerza, quedaron abolidos definitivamente, y fué prescrita la comunión pasual, y se estableció el procedimiento criminal que sirvió de modelo al de todos los tribunales seculares, por último, donde se presentaron al mundo cristiano las dos órdenes de Santo Domingo y San Francisco, que debían comunicarle nueva vida, y que Inocencio III tuvo la gloria de ver nacer durante su pontificado.

Se dirá que estas son frases de moda, alegando que en el día está de moda manifestarse Católico. Ahora bien, el año IX de la república francesa (1801) bajo el patronazgo del Instituto nacional, el señor La Porte du Theil, en la Coleccion de las constituciones, actos y diplomas concernientes á la historia de Francia, publicó las cartas, hasta entonces inéditas, de Inocencio III, en dos tomos que debían servir de suplemento á Baluzio (3). Al examinar estas, presenté el pontífice á los ojos de Du Theil de una manera hasta entonces inusitada, de suerte que pensó escribir su historia. Antes de verificarlo, en el tomo VI de las *Notices et extraits des manuscrits de la bibliothèque nationale et autres bibliothèques, publiés par l'Institut national de France*, publicó una Memoria en cincuenta secciones, cada una de las cuales trata de los acontecimientos mas importantes de aquel reinado. Hallándose sepultada en una obra accesible solo para las personas mas eruditas, permanece ignorado un juicio tanto mas admirable cuanto ménos dispuestos se hallaban entonces los ánimos á oirlo, en virtud de las pasadas doctrinas y de los acontecimientos de la época. Reproducirémos, pues, algunos párrafos:

« El nombre de Inocencio III despertará siempre la memoria de uno de los personajes que mas han brillado en la escena del mundo, y cuyos méritos y faltas se fatigarán por definir exactamente la filosofía imparcial. Digo faltas, sin desconocer cuán suave parecerá esta voz á los que han leído historias y polémicas, donde se le acusa de vicios reales.... pero el que estudie con reflexion la historia de su pontificado, no sabrá qué crédito deba dar á imputaciones que en su mayor parte se presentan al que las examina dictadas en su origen ó á lo ménos exageradas por el espíritu de partido... Si la ambicion en un príncipe temporal, cuando parece hija de grandes é importantes causas; cuando exteriormente se apoya, no tanto en la vanidad personal del hombre como en la gloria del papel que se le ha encargado representar en el teatro del universo; cuando camina hacia su objeto adornada de las cualidades mas apreciadas y mas

(1) Muertos por los herejes, el primero en Orvieto en 1199, y el segundo en el Languedoc en 1209.

(2) En el cánón VIII de este concilio.

(3) *Epistolarum Innocentii III r. p. libri undecim: accedunt gesta ejusdem Innocentii, et prima collectio Decretalium, composita a Rainerio. Stephanus Baluzius Tuletensis in unum collegit, etc.* 2 tomos en folio. Paris, 1686.

Diplomata, charte, epistolae et alia documenta ad res Franciscas spectantia, ex diversis regni externarumque regionum archivis ac bibliothecis, jussu regis Christianissimi, multorum eruditorum curis, plurimum ad id conferente Congregatione Sancti Mauri, eruta. Notis illustrarunt et ediderunt L. G. O. Feudrix de Brequigny, F. J. G. La Porte du Theil. 2 tom. en folio. Paris, 1791. Es rara la primera obra, y lo es mas la segunda.

frecuentemente útiles á los Estados, esto es, firmeza de ánimo para sobrellevar la prueba, constancia irremovible en los designios, celo inagotable por la cosa pública, pureza de costumbres; cuando, ademas, esa ambicion está sostenida por una habilidad rara en el despacho de los negocios, por una conocida superioridad de talentos naturales y de conocimientos adquiridos por una habilidad no comun para sacar partido de todos los sucesos favorables á su idea, ya preparados, ya que se han ocasionado, ya que han llegado naturalmente; cuando, por último, se ve coronada por un éxito señalado y constante, y seguida de brillantes consecuencias, muchas de ellas debidas á un laudable deseo y á un esfuerzo feliz por producir el bien, y que en efecto han sido beneficiosos á la sociedad humana y á la religion; si, digo, en medio de tales circunstancias la ambicion puede perdonarse por un moralista indulgente que haya buscado en vano en los hombres la virtud pura y sin mezcla, se convendrá, en fin, que de todos los príncipes cuyo preponderante influjo (no me ocupo ahora en el modo de obtenerlo) se ha hecho sentir irresistiblemente en la tierra, Inocencio no ha sido el que ha mostrado una ambicion ménos abundante en paliativos y excusas.

Esta es solo la insinuacion, como la exigian los tiempos en que escribió Du Theil. Despues presenta el cuadro de todos los actos de Inocencio III en los diferentes países, resumiendo y refutando las acusaciones. Citarémos algunos trozos:

« En España.— Si los varios príncipes de España encontraron en él obstáculos para unirse legítimamente, fué por exigirlo así las leyes canónicas: la Iglesia había dictado mucho tiempo ántes sus leyes, y correspondía á su jefe hacerlas observar. Ademas, ¿cuántas veces los reyes de Castilla y de Aragon no debieron á su auxilio los triunfos que alcanzaron contra los Moros?

« En Francia.— ¿Quién dejará de alabar su firmeza cristiana, al verle durante quince años ocupado en sostener contra un monarca poderoso, pero extraviado por el capricho y la pasion, la causa de una princesa desventurada, inocente objeto de disgusto y de persecucion por parte de su esposo? La desgraciada Ingelburga, interesante al mismo tiempo por su virtud, su belleza y sus infortunios, léjos de su patria, de sus parientes, sola en medio de una corte extranjera, expuesta sin defensa al poder ilimitado de su perseguidor, parecia sin recurso, á no haberse extendido en su ayuda desde lo alto del Vaticano un incansable brazo. Gracias al inflexible Inocencio, la justicia prevaleció, y los Franceses debieron aplaudir el triunfo del pontífice, al ver al esposo tomar de nuevo y colocar en el trono á aquella infeliz reina, cuya historia aun hoy nos entenece. No es mera conjetura, sino un hecho cierto, que este acto de justicia y de humanidad restituyó al monarca el afecto de sus súbditos, siendo causa de los esfuerzos increíbles y generosos de la nobleza y los Comunes, que al año siguiente, en los campos de Bovines, encadenaron la victoria próxima á escapársele de entre las manos. Es, pues, justo decir, que el honor y el fruto de aquella batalla, que devolvió á las lises el eclipsado esplendor, y á Felipe su gloria, á la sazón empañada, se debieron á la longanimidad del pontífice, que en aquel asunto, sin sombra siquiera de interes personal, fué el invariable apoyo de la abandonada princesa y el vengador de la inocencia.

« En Inglaterra.— Si no se puede excusar en la totalidad su conducta respecto de Inglaterra, si es preciso convenir en que el visible objeto de su proceder con respecto á Juan Sin Tierra fué el interes temporal de la Santa Sede, también debe

confesarse que aun allí, en cien ocasiones, hizo prevalecer la causa de la justicia contra el mas de testable de los príncipes.

En Alemania. — La cuestion que dividió tanto tiempo á la Alemania, no era tan fácil de decidir, y hablando imparcialmente, Inocencio no cometió injusticia en favorecer á Oton con preferencia á Felipe de Suabia. A la muerte de este, Oton perdió la benevolencia de su protector; pero la causa fué su ingratitud y la infidelidad en cumplir promesas voluntarias, auténticas y sagradas. Una completa neutralidad entre los dos contendientes hubiera sido sin duda mas laudable, mas conveniente al padre de todos los fieles; pero resultará siempre de los historiadores mas fidedignos, que en aquellas largas disputas el pontífice no cesó un instante de velar por la disciplina eclesiástica en Alemania, y castigó de un modo severo á los cardenales poderosos de su partido que deshonraron su carácter.

En el Norte. — En cuanto á los asuntos del Norte, necesariamente debieron engañarle relaciones falsas ó interesadas de los acontecimientos que contribuyó á promover en aquellos remotos países; lo que con mas seguridad conocemos es la conversion de gran número de paganos, resultado de un celo inagotable y conveniente al puesto á que el Cielo le habia elevado.

En Hungría y en Grecia. — Los excesos de los Cruzados no admiten excusa, y semejantes guerras cuyo motivo, en un siglo no filósofo, extravió hasta al mas sabio de los reyes, causaron muchos desórdenes, y hasta crímenes vergonzosos para la humanidad. Sin embargo, el que examine atentamente los hechos, hallará que ocasionaron á Inocencio vivísimo disgusto, y que lejos de proteger el mal, hubiera querido castigarlo, y lo castigara, si hubiese podido hacerse obedecer, ó tan solo oír. Pero su conducta severa hubiera envilecido su autoridad, y destruido el escaso fruto que podia sacarse de aquellas expediciones demasiado famosas, fruto que entonces debía parecerle inestimable, quiero decir, la extirpacion de la herejía en los reinos cristianos, y la conquista de Tierra Santa.

En Italia. — El poder temporal de la Santa Sede en Italia creció, puede decirse, de golpe durante su reinado. Pero habiendo visto, apenas se ciñó la tiara, al pueblo romano, indócil tanto tiempo hacia, convertirse en el mas sumiso de todos, y á las provincias, primero sujetas á la autoridad pontificia, luego arrebatadas á esta el siglo ántes por los emperadores, volver de nuevo, casi sin armas, á la dependencia de los papas, ¿no es justo atribuir á su firmeza, á sus talentos, á su reputacion, á su actividad, el mérito de una revolucion conseguida sin derramamiento de sangre, y cuyo resultado fué restituir al trono pontificio su antiguo brillo, mas bien que acusarle en esto de ambicion? No concedió gratuitamente, es cierto, su proteccion al jóven Federico (1), huérfano en sus verdes años, y que fué confiado á su tutela; pero le hizo grandes servicios, y digan lo que quieran los panegiristas de aquel príncipe y los detractores de los papas, la memoria de Federico quedará designada para siempre por la ingratitud que mostró hacia la corte de Roma, que habia pretendido su infancia y contribuido eficazmente á su grandeza.

En Roma. — Inocencio no descuidó los intereses de sus parientes. Roma vió largo tiempo subsistir en su seno magníficos edificios, torres

(1) Esta es la culpa mas grave que Sissoni achaca á Inocencio, y lo sería, en efecto, si los hechos fuesen tales como él los refiere.

elevadísimas, que aquel pontífice por ostentacion ó por consolidar el poder de los suyos habia hecho construir, segun dicen, empleando un dinero que hubiera gastado mejor secundando el espíritu del Evangelio.... Pero ¿cuántas pruebas señaladas no existen de su generosidad para con las Iglesias y los monasterios, de su solicitud y amor hacia los pobres? Aquellas torres, aquellos edificios, aquellos verdaderos ó supuestos monumentos del orgullo y de la ambicion, que han provocado contra él mas ó ménos fundadas acusaciones, desaparecieron; pero el hospital del Espíritu Santo, que dotó con sus bienes patrimoniales, y que es el establecimiento mas útil, hermoso, grande y bien arreglado que existe, en el dia mismo, no digo en la ciudad reina, sino en todas las sociedades civiles de Europa, permanece en pié y recomienda á la posteridad justa, á las personas de corazon, benévolas con el indigente y el enfermo, la memoria de Inocencio III, cuya piadosa munificencia lo fundó sólidamente.

Si se agrega á este mezquino hosquejo su habilidad en las ciencias de la época, su erudicion en las letras humanas, su penetracion en las causas de jurisprudencia, su integridad habitual en los juicios, la autoridad hasta ahora irremovible de la mayor parte de sus decisiones sobre el derecho eclesiástico, su aplicacion incansable á las tareas gubernativas, la aptitud para el trabajo, la pureza de costumbres, en fin, un cúmulo de notables cualidades que no han podido negarle sus mas violentos detractores, ¿no quedará probado que mereció mas elogios que censura? »

Fácilmente pudiera citar otros pasajes, pero estos bastarán para mostrar la templanza y al par la sinceridad del erudito. Las restricciones que Du Theil ponía, y que eran quizá un sacrificio hecho á su época, han sido destruidas por la obra de un protestante, Federico Hurter, presidente del consistorio de Schaffhouse (1). Parecióle que un hombre que por tanto tiempo habia sido centro y motor de todos los sucesos, aun de los ménos importantes, el latido, si se me permite la expresion, del corazon de la humanidad europea, merecia un estudio severo, y lo emprendió con la perseverancia y la conciencia propias de los eruditos alemanes.

« Á medida que el autor comprendió de qué manera Inocencio consideraba el mundo, cuál era su conviccion sobre el carácter esencial y la importancia del papado, sobre la necesidad de mantener la supremacia absoluta, la extension ilimitada, la plenitud de sus derechos, el profundo conocimiento de todos los deberes que le imponía la alta idea del pontificado, mas le revelaron los escritos de este pontífice cuando se habia transformado la vida entera de Inocencio en la de la Iglesia, y su figura se le presentó en su luminoso esplendor. La igualdad con que este hombre obró en una vasta escena y en medio del rápido cambio de los acontecimientos, aquella existencia siempre conforme consigo misma, por estar apoyada en una idea fundamental, el lenguaje claro y preciso del pontífice en todas las circunstancias mas importantes, facilitan seguir el curso de su vida, reproducirla fielmente, y penetrar en lo íntimo de su alma.

» Tal era Inocencio. Conociendo el sublime destino del pontificado, y deseando realizarlo, lo consideraba como una institucion creada por Dios mismo para la direccion de la Iglesia y la salud

(2) *Geschichte der Paust Innocent III und seiner Zeitgenossen.* Hamburgo, 1834.

Histoire du pape Innocent III et de ses contemporains, par M. Frédéric Hurter, président du consistoire à Schaffhouse; traduit de l'allemand sur la seconde édition par MM. Alex. de Saint-chéron et J. B. Haiber. Paris, 1838, 3 tom. en 8°.

de los hombres. Si esta creencia era verdadera ó falsa, si estaba bien ó mal fundada en la palabra de Jesucristo, es cuestion de alto interes para la polémica teológica, pero en la cual no debe ocuparse la historia (1). Al historiador le basta saber que esa creencia dominaba en una época, y que se asociaba á una institucion cuyo influjo era universal.... ¿No es injusto rechazar las mas sublimes cualidades del entendimiento y del carácter, solo porque no aprobamos las formas exteriores y las circunstancias accidentales con que debieron manifestarse? Entre individuos de esta clase ninguno nos parecerá superior á Inocencio, si consideramos la penetracion de su ingenio, sus conocimientos, su incansable actividad, su dignidad moral, su grandeza cuando habla de las funciones que le estaban cometidas, que son las de Dios; su humildad en todos los actos personales. Si contemplamos lo que quiso y lo que llevó á cabo, podemos decir: Inocencio tuvo la conciencia clara de lo que Gregorio VII habia vislumbrado; lo que en este era germen, adquirió un completo desarrollo por la accion del genio de Inocencio; el pensamiento, por el cual Alejandro III sufrió y combatió tanto tiempo con una constancia digna de los antiguos Romanos, fué aplicado de diferente modo por Inocencio, quien en medio de una serie de predecesores y sucesores, todos animados de la misma idea, es el que dió á esta el mayor grado de precision y de enérgica influencia.

» Esta historia tiene por principal objeto refutar las muchas opiniones erróneas, el gran número de preocupaciones y de falsos asertos que existen acerca de los papas de la edad média, y en particular de Inocencio III. PERO LA ÚNICA POLÉMICA PERMITIDA Á UN HISTORIADOR, ES Oponer CON FIDELIDAD ESCRUPULOSA EL PERSONAJE ORIGINAL AL IDEAL, MUY INFERIOR Á LA REALIDAD Ó Á LA CARICATURA QUE DESFIGURÓ AL ORIGINAL MISMO.... Por eso en este libro se insertan á menudo palabras del propio Inocencio, con objeto de dar á conocer sus opiniones, sus convicciones, sus designios. El autor no podia negar á un papa de la edad média la justicia que tiene derecho de exigir hasta el malhechor, esto es, la de ser oído. »

Hemos leído con gusto y conciencia los tres tomos de esta obra, donde resaltan la fidelidad y verdad que se desearia hallar siempre en el historiador, y podemos asegurar que es digna de todas las censuras que acumula el vulgo de los literatos y de los pensadores en toda obra que no lisonjea sus soberbias é inhumanas preocupaciones. No debe buscarse en ella el atractivo de la lectura; y ademas, aquel saltar de un asunto á otro, segun la sucesion de los tiempos, causa una fatiga que no está compensada por las gracias del estilo. Los autores se parecen con demasiada frecuencia á aquellos ingenieros que al querer trazar un camino, atienden únicamente á la línea que deben seguir, sin cuidarse de la hermosura de los países por donde atraviesa.

Tal fué el pontífice, contra el cual se lanzaron las blasfemias que al principio hemos visto. No olvide el lector que era contemporáneo de Juan Sin Tierra, de Eccelino y de Salin guerra. Si no agrada nuestro juicio acerca de él, destrúyanse los hechos en que única y constantemente está fundado. En cuanto á que fuese bueno ó no que el pontificado se desarrollase en el sentido que deseaba Inocencio, y á que aquella edad deba mirarse con complacencia ó con lástima, formarán diverso juicio los hombres segun el punto de vista en que se coloquea; pero todo el que piense de un modo recto, debe aprobar este acto de justicia tribu-

(1) ¿Por qué no?

tado á la verdad, no por un fraile, no por un santurron, sino por el pastor de una iglesia protestante.

(F) pág. 106.

PAZ DE SAN AMBROSIO.

« El año 1258, hallándose vacante la sede arzobispal en Milan y siendo podestás de la ciudad Martin de la Torre, capitán del pueblo, Felipe Visdomo y Ricardo de Fontana, naturales de Plasencia, entre patricios y plebeyos, para terminar la sedicion antedicha, se estableció la paz, llamada de San Ambrosio, que nosotros hemos sacado del instrumento original, y es como sigue:

En el referido año 1258, primera indiccion, juéves 4 de abril, en el templo de San Ambrosio, estando presentes los ciudadanos de Plasencia Felipe Visdomo y Ricardo de Fontana, podestás de Milan, con la asistencia de los infrascritos hombres buenos, por parte de los capitanes y valvasores, Guillermo Segazono, Guido de Piedrasanta, Amizo de Busto, Guillermo de Lampugnano, Rufino de Mandello, Borro di Burri, Francio Orombello, Enrique Garola, Marcos Gasio, Obizzo Visconte, Gaspero de los Curci, Barifalco Mainero, Pedro de Barnareggio, Jacobo Scaccabarozzo, Martín de Carcano, Berioló de Pozzobonello, Burgano de Pusterla, Domingo de Opreno, Azzo de Pirovano, Lanfranco de Terzago, Jacobo Grassello, Guillermo Balbo, Alberto Gazza de Castellione, Alberto Bianco de Velate, Boccasio Bosso, Guido de Benvolco, Alberto de Soresina, Gerardo de Annone, Gualberto de Castello, Bicherio de Arzago, Bosso de Giussano, Engalfredo de Samarate y Conrado de Besozio;

Por la parte de Motta, Credenza y Consejo de Milan, Alberto Gonfaloniero de Agliate, Azzon Marcellino, mercader de la ciudad, Guido Porenzono, Guillermo Godiga, Juan Sordo, Pietrobono, médico, Rodolfo de Meda, Milano Malcazato, Andres de Gropello, Desolto Materno, Obizzo Armenolfo, Ferro Prealone, Pagano Gambaro, Arnulfo de Sopra l'acqua, Nazzaro Ugone, Arnoldo Laberio, Alicherio de Somma, Pedro Frisiano, Guillermo Tignoso, Arnoldo de Monza, Beltran del Orso, Huberto della Croce, Ambrosio Grande, Jacobo de Lurago, Alberto Maraviglia, Beno de San Ambrosio, Rodolfo de Villa, Jacobo Prestinaro, Conrado de Cimiliano, Juan Bellomazallo, Marques Scancio, elegidos y enviados á dicha iglesia, ó bien monasterio de San Ambrosio, por los referidos podestás de Milan, y Viscardo de Pietrasanta, con autoridad y facultad que les confrieron las mencionadas partes de Milan para tratar de la paz y concordia, y de cualquiera otra cosa concerniente á la reforma de la paz y sosiego del Comun y de los hombres de Milan, entre capitanes y valvasores, ciudadanos de Como, Novara y otros adherentes suyos, coligados por una parte, y por la otra Motta, Credenza y Consejo de Milan con sus adherentes, en nombre y utilidad de su parte, y todo litis singular, causas, discordias y controversias que existiesen entre las referidas partes, con sujecion á los infrascritos capítulos, estatutos, convenciones, promesas y obligaciones anotadas, como si hubiesen de mantener esta paz, perpetuamente, con la ayuda del Hijo de Dios:

Se determinó, pues, en primer lugar, que de los electores del Consejo perpetuamente la mitad correspondiese al Comun de Milan y la otra mitad á los capitanes y valvasores, bajo condicion de que si los consejeros, capitanes y valvasores, cuales eran en tiempo del gobierno de los cónsules de la sociedad de la compañía de los capitanes y valvasores, reunian menor número, ó bien alguno de ellos se pasaba á la otra parte; tendrían tantos votos y facultades como los de la parte del pueblo en los casos acerca de la reforma del consejo. Y esto siempre fuese aconsejado por los ancianos.